

SERGIO BIZZIO

MÍNIMO FIGURADO

I. Tranquila

-quisiera, pero no es la palabra.

Me siento para sentir y balbuceo algo sobre la claridad siguiente. Me sirvo, bebo, veo lo que bebo.

La flor hace plip. -¡Atrás!

Está el enjambre, la mirada disonante de una sombra donde la sombra se alza -nos quita la memoria y se aparta espiando--, achinada, en dirección a todo qué.

Bucles, sólo bucles.

Curvatura del enigma tenso, localizado.

El reverso de la lluvia, esas mantillas, una vieja mamita y mi ebriedad cuando la visto.

II. Circle

Viajan, hasta su ocio más alto, dos cuerpos recién prendidos entre los pliegues de las cosas como ruedas que no callan.

Y pierde -vida- la estrella inanimada. ¡Ah! no salgas de mí. ¿Todavía se escriben cuentos? He creído entrar a un bosquecillo.

(Otro pájaro reclama -¡derríbame!-: simpleza, dabas tu sombra...)

Y ningún azul llega a turbar el silencio de cuanto cede ante esas frías y magníficas lentitudes.

III. Partida

En tu mano rumorea el día que termina.

Los picos de las ruedas que llevan los ejes

no callan. Me suena. Pero ¿quién habla de libaciones?

Partida en el llamado.

Y el diosencillo de las ruedas

en lo alto, entre sus ritmos, bajó la vista y lo venció el temor (y dijo algo de una infinita tristeza: "Ya voy")

-antes que pueda, yo, hablar de la extremidad de una mirada.

IV. Otras aguas

En la hora justa

(¿será feliz esta silla -hundida- mientras el mar retrocede lleno de luces?)

invitado a vacilar

(lirios y lirios y el guinda senegalés tiene otras aguas. ¡Eh! ¡La cima que separa esas vidas!)

Entre las sepias de ayer y su alarma y el dedo ciego que roza, que toca, en el deslumbre, mi saquito niquelado-

la realidad, querida, pierde un guante que nadie levanta.

¡Pompa, desarma tus radios! (No me oye.)

V. Formación

La noche será hueca y yo seré casto,
pero bailé.

(Otra vez el mar
alcanza la quietud de tu vestido.
El tiempo se ocupa de mí, que te acaricio, dormida,
y un bisbiseo
límbico
hace en tu cuerpo ya encendido la luz
de la luna, que viene, la llames o no.)

VI. *Campo lateral*

¿Soy esto que tus ojos se están llevando?

Miserable manada, chamusquina de las horas, en la marca de la creciente

roja

bajo los árboles dirá: "Hermana mía, eras tan suave, yo temblaba en tus brazos como un dios sin duración".

-¿Para quién deja ella caer

sus mascarillas aspiradas, acá y allá, dando pasos como vidas incontables a ninguna parte?

VII. Láminas

Hay un disco de hojas secas sobre el camino y a lo largo de un sueño de apariencias nuevas, celeste hay en sus pies --una virtud que ni vos ni yo hemos heredado.

Ropajes de lo mismo.

La reynecita de Saba, muerta en la fuente.

Y en las flores deja el agua su red silenciosa.

VIII. Saranda

No es una danza el día, pero se mueve mientras desaparece.

Qué raro,

su padre fue un gemido turquí.

Labiado, ayer. Ligeró,

de su pupila más alegre tomo ahora mi dosis de aturdimiento, la mano que dice ahí, o adiós, arriba, la flor que nada sabe. Y es tuya esa frente que se dobla entre sus piedras imposibles escondidas.

IX. Orientada

Acaricia el agua con un pie. Se diría que es una actriz silenciosa, lo irreal.

-No vendrá. Soy tan claro.

Mientras oigo los sonidos fugaces de la altura (¿llegamos ahí?) pastan, pasan las bestias físicas del mar en sus velas, una cucharilla tintinea entre avalanchas de rosa, de rojo, de plata -y no quiero que se entienda que hay un lugar al que yo podría entrar sin ella,

hecha de culminaciones

leves, igual que la ironía de alguien al que otro exige una palabra suya, y es él quien lo deja llevar el paso.

X. *La semilla modelo*

Con flores de luz ya incierta (en los dedos) he violado (¡guau!) las curvas secretas de tu debilidad:

eras triste y no eras mía -sé rara.

Esta noche daré

una

sola

vuelta.

La ardilla gris que ama y es posible y danza por las heridas con ojos de sirviente me vio pasar.

XI. Los casinos del firmamento

Fiel

como un lector de corazón negro al que tu labio

se ha negado

(vuelvo al cielo

desde el estéreo de unas hojas frotadas por las

cosas que no he visto

-una avecilla, eso sí,

un lince quieto en su nácar-)

vuelvo al cielo.

La que va a ser vieja cerró los ojos:

-Narra usted bien.

(La delicia boba con los vellos deshechos

en el día y la hora oscuros

aletea sobre mí.)

XII. Italiana

No me pidas la palabra
de pie ante las cosas que vienen en silencio hasta mí
con labios que fueron tuyos.

Ahora no hay nadie y este silencio parece de otro.

Igual que un hijo de muertes desconocidas
yo no estaba feliz: estaba seguro
-una pura mano te cubría.

¿Serán niños maná
sin luz, pero iluminados,
los que rodean la casa queriendo aún
otros brillantes, y enemigos?

XIII. Una cita

A favor del púrpura-

sobre el flanco izquierdo-

en los confines de la hoja suspira sin pupilas un hilo de luz:

-¿No quiere morir por mí?

Viuda de hotel, con ese fastidio... Ella, todavía, me toca y no desaparezco. -Más allá, contra las piedras libres de agua, raramente la noche se demora en su reflejo.

XIV. Presentes

El panelista del árbol de las heladas, forzado, muerto en el ojo del pez -rey-,
deja una risa de anillos al claro azul,

deja hachas T,

deja una bolsa llena de alitas de jóvenes ciegos,

y tu amor está en mí -y aunque he soñado, no puedo sino hablar bien del
mundo (y no me levanto desde el asombro para creer

en la armonía de más lunas, bajísimas ahora sobre las copas de la playa).

XV. Cabina

Hemos pasado al interior de la loca de corazón de seda y no hay altura que dominar. La forma patear su ovillo. Artísticas, y espurias, fluyen, hacia la O de no sé qué festín, fúnebres miradas -y en el arco del camino, si hay arco, la gracia y el dolor claros de mi hijo extraño sobre el que no puedo insistir aquí.

Ella sé alcanza -los engranajes del azul de los abismos-. Y dulcemente, lo que nombra, se aleja.

(Y el tintineo de la rojiza de los nervios.)

Se ve, además, como en cualquier otra parte, oscilar sobre un pie, sobre éste, las horas, no el beso -y las flores llevadas y traídas se desvanecen a gran rapidez, casi antes.

XVI. Pasos atrás y giros de los brazos a ambos lados

Estoy dispuesto y mi belleza me conmueve. He ocupado Media Casa. Hija y otra vez hija sería, yo.

Y tu risa,

con un pudor de copita que se angosta, me toca y me festeja -no pregunta dónde hay algo de qué temblar- y se inclina ante las fuerzas que la envanecen. ¡Hola!
Jurando: "Visible y a lo lejos... "

(Sabe que un día habrá puesto allí su vida y no será ella quien se derrumbe sin ruido.)

XVII. Misiones

Recién, hembra de opio.

En su temblor, en tal circo, en zigzag, entre serpientes de luz, callada, la rúfina
de su ala

se hunde...

Fui atacado por extrañas.

"Y la música del mediodía es este árbol amarillo", digo, y me doy vuelta en
silencio por mí (no por ella), y en todas partes

conozco la humillación de no verte.

XVIII. Tienda de licores

A su manija maestra
vuelve seguro el bermellón.
La imbecilidad acuclillada
por un guante,
sorprendida.

¿Y si me toco y no me toco, y si me toco y no estoy?

Transfiguradores enfundados en la hojarasca dan un paso hacia esta luz. Tu hombro se dobla, la claridad te encierra. Una multitud de marinas ahorquilladas, amarga de coquetería, calladamente va a desembocar en la inclinación de tu cuerpo que se levanta -mortal, infeliz y joven. Temblando al cuidado de tus ojos recién despiertos, los niños que adornaban tu cabeza, blanco el arco de las cejas, púrpura o negro en la boca, se pasean a lo largo de las galerías donde el histrión capturado entre ramitas sagitarias muertas es vendido a precio de reina como ave ornamental.

Tu mamá es un buhíto. Nos espía. Yo te hablo como una habitación oscura.

Nunca sufrí
los suspiros de la virgen del estilo.

Estas son mis redes,
estos son mis crepitantes
auriculares.

Una hilera de manos con estrellas
frías a la misma altura
me recuerda:

tuve miedo todos estos años.
¿Estoy citando? Levanté la cabeza
y he vuelto a sumergirme.
Fui dulce.

¿Por qué desfallecer en el jardín?

Mi corazón y el tuyo
más lejos cada vez y todavía enemigos
de la nada.

El rumor del sol, tu pie, tu otro pie, nada
me abandona. Miro hacia adelante
o la poesía me habla -me dice: "Acá está
la media rosa de tu amor".

Y yo ardería
(no es claro haber querido y yo ardería)
como esa varilla
tonta sobre las hojas

de un cielo inhabitable y móvil.

Sobre este puente y en esta noche se elevó el hombrecito que medía hechizado la distancia entre *¿Cae?* y *Ya que tiembla...* Ranuras ¿dejarán esos cuervos de estrellarse tan lejos? Ah, tener, ahí, donde no hay más luz que entre un chasquido y Los Angeles, otra oportunidad todavía de bailar con niñas, eléctricas, adictas al prepeo... Entró el propio, hizo. Hizo de sus manos templos cerrados, y ahora su lenguaje no sabe quién es. (Pero el sampang de hermosas heridas, de fantásticas impaciencias, y tu, y la mía, lívidas, un mismo hilo en el alma, vuelven, van a oír de cerca el no de su pie.) ¿Cómo ver a quien no habla? Palpo, tironeo de la cola de un encanto de luces que se traban. Es él, de nuevo. ¿Cómo detener sobre las líneas del cuerpo la dirección de todo (irisado, o enanizado, el cuerpo ama esta superficie como a una transparencia que no lo destruye) sin antes liquidar ese gustillo a temprana juventud interminable que le hace decir: "Una flor apela"? ¡Oh! ¡Oh! ¡Que tu risa se alimente del lugar en el que está! No alcanza ver que a lo antiguo se llega por un guante. Levántate y confúndeme. ¿Quiénes somos? ¿Qué es ser ruso? *"El espanto frena sus chicas"*, me escribe un amigo. *"Querido Ffff: aunque a un paso, ojos. Se anda con lo que avanza y retrocede.."*